

África Capta

La venganza de Aníbal
y la destrucción de Cartago

ARTURO S. SANZ

Para Antonio Jr.

ÍNDICE

Introducción	9
Antecedentes	11
La expansión cartaginesa en la Península Ibérica	23
La segunda guerra púnica	35
<i>La conquista de Sagunto</i>	37
<i>A través de las nieves</i>	38
<i>La batalla del río Trebia</i>	43
<i>La batalla del lago Trasimeno</i>	47
<i>El dictador Quinto Flavio Máximo</i>	49
<i>La batalla de Geronium</i>	51
<i>Cannas</i>	53
<i>El asedio de Siracusa</i>	60
<i>El sitio de Capua</i>	69
<i>La guerra en Hispania</i>	74
<i>Publio Cornelio Escipión</i>	83
Indibil y Mandonio. Régulos del Segre	95
Hannibal ad portas	111
<i>La batalla de Metauro</i>	113
<i>La conquista de África</i>	116
<i>Zama</i>	119
Delenda est Cartago	129
Conclusión	147
Bibliografía	149



Introducción

«El uso del vino vuelve insolentes incluso a los hombres libres, de modo que en muchos se abstienen de él, como hacen, por ejemplo, los cartagineses cuando están de campaña».

Aristóteles, *Econ.*

Ciertamente, la Historia se va forjando a partir de personajes extraordinarios que, gracias a sus hazañas, se convirtieron en leyenda. Su fama elevó aún más el prestigio de la ciudad, Estado o nación que les vio nacer, en nombre de la cual lucharon y, en no pocas ocasiones, dieron sus vidas. Sin embargo, no siempre sucedió de ese modo, y muchos pueblos se alzaron por encima del resto, no solo gracias a uno o varios de sus más destacados personajes, sino a la labor conjunta de todos sus ciudadanos a lo largo de los siglos, quizá milenios.

Sin duda, nunca olvidaremos la astucia de Aníbal, la determinación de Julio César, la inteligencia de Cleopatra VII, la agudeza de Pericles o el valor de Leónidas. Y, a pesar de ello, la grandeza de Roma, Atenas, Cartago o Alejandría no descansa únicamente sobre sus hombros. Incontables predecesores se entregaron a esa misma tarea hasta el último aliento para convertir a los que antaño surgieron como pequeñas aldeas en poderosas naciones capaces de forjar imperios. Todos ellos fueron admirados y temidos a partes iguales, tanto por sus aliados como por sus enemigos.

A pesar de todo, es necesario recordar que una nación es mucho más que la suma de sus gentes, incluso de sus héroes. En el caso de Cartago, esta máxima cobra aún más veracidad, sobre todo cuando la presente obra inicia su andadura irremediabilmente ligada a la vida de su ciudadano más ilustre, Aníbal Barca. La ciudad de Cartago surgió siglos atrás como una pequeña y lejana colonia de la más importante urbe fenicia, Tiro, pero sus gentes lograron convertirla en la nación más poderosa del Mediterráneo occidental. Su primer enfrentamiento con Roma marcó el inicio de un declive que parecía irrefrenable, sin embargo, los acontecimientos no siempre siguen un rumbo fijo, predecible, y muchas veces son precisamente estos personajes extraordinarios los culpables de que así sea. Es aquí donde retomaremos el relato dedicado a la magnífica historia de Cartago, que siempre quise escribir, como continuación y desenlace de su obra previa «Qart Hadast. El Imperio cartaginés hasta la Primera Guerra Púnica» (HRM Ediciones, 2015).

Sí, es cierto, muchos dirán que Cartago nunca fue un imperio, así es. No lo fue en el sentido de la palabra que se refiere a su forma de gobierno, pero sí en cuanto a la acepción de este vocablo que define a una potencia hegemónica en su zona de influencia. Hasta su histórico primer enfrentamiento con la todopoderosa Roma, los cartagineses no

tenían rival en el Mediterráneo occidental, y durante un breve periodo de tiempo fueron capaces de sobreponerse llegando a incitar la ira del propio Catón.

Amílcar Barca se convirtió en una pesadilla para los romanos, hasta el punto de amenazar sus intereses más allá de la península itálica, pero si los senadores de la Urbs creían que el peligro había pasado, tras su derrota, les esperaba una sorpresa que jamás lograron olvidar. Pese a todo, el líder cartaginés tuvo que ceder ante el empuje de sus enemigos y, con ello, Cartago perdió no solo gran parte de los territorios conquistados en occidente, sino también su hegemonía en el mar. Lejos de sentirse realmente vencidos, sus ciudadanos fueron capaces de sobreponerse a la humillación con un único objetivo, restaurar su gloria perdida y, quién sabe, quizá castigar a sus arrogantes rivales si surgía la oportunidad. Y si no lo hacía, habría que crearla. Esa idea sirvió para catalizar sus esfuerzos hacia una estrategia política y territorial hábilmente diseñada. Primero, la recuperación económica, después... quién sabe, quizá castigar a los romanos para mitigar su orgullo herido. Aunque en el momento en que retomaremos nuestro relato es probable que esa idea tan solo se hubiera forjado a fuego en el ADN de los Bércidas, y los territorios aún lejos de la influencia latina en Hispania jugarían un papel decisivo en esta lucha de poder.

Probablemente, Amílcar albergaba tales pensamientos desde su derrota en Sicilia, pero sin duda alguien más estaba dispuesto a convertirlos en realidad, alguien que no olvidaba ni perdonaba, y que había crecido a la sombra del rencor, su hijo Aníbal. El tiempo le daría la oportunidad que estaba buscando; no obstante, aún quedaba un arduo camino para hacerla realidad.

Nada era imposible para los hábiles cartagineses, que supieron aprovechar como nadie no exclusivamente su experiencia militar, sino también los conocimientos atesorados durante siglos de exploración y navegación a lo largo del Mediterráneo y mucho más allá. Sabían muy bien que existían ricos territorios esperando a ser conquistados no muy lejos de sus dominios, y los recursos que atesoraban, no solo materiales y humanos, todos contribuirían a la causa.

Tras los sucesos acaecidos durante la Guerra de los Mercenarios, a la que tuvo que enfrentarse Amílcar tras la derrota de Cartago en la Primera Guerra Púnica, iniciaremos nuestro relato narrando la conquista de la península ibérica. Este trascendental acontecimiento marcó el devenir de la Segunda Guerra Púnica, que protagonizaría la peor pesadilla de Roma, Aníbal Barca, y más tarde nos adentraremos en el trágico episodio que supuso la destrucción de la capital cartaginesa a manos de Publio Cornelio Escipión Emiliano durante la Tercera Guerra Púnica. Mi intención fue siempre escribir un relato completo sobre la extraordinaria civilización cartaginesa, que por fin quedará concluido gracias a este nuevo ensayo. Cartago bien lo merece, muy a pesar del propio Catón.

Antecedentes

«Entonces, el hijo de Peleo enseguida expuso otros premios: una vasija de plata, ricamente labrada. Tenía seis medidas, y en belleza era, con mucho, el más hermoso de toda la tierra, ya que los sidonios, muy hábiles en el trabajo manual, lo habían trabajado con astucia, y los fenicios lo llevaron sobre las turbias profundidades y lo desembarcaron en el puerto».

Homero, II. 23. 740

Es necesario recordar brevemente algunos acontecimientos determinantes que marcaron el devenir de los sucesos posteriores. De ese modo, podremos situarnos mejor en los hechos que trataremos, entendiendo las motivaciones que llevaron a tomar importantes decisiones que, más tarde, serán cruciales a la hora de explicar las causas que desencadenaron la Segunda Guerra Púnica.

En el año 255 a. C., el general mercenario Jantipo asumió el mando de las operaciones militares contra los romanos como líder del ejército cartaginés y lanzó un primer ataque venciendo a Régulo en la batalla de los llanos del Bagradas, gracias a su hábil utilización de los cien elefantes con los que contaba su ejército. Durante la batalla, Régulo dispuso sus manípulos en una formación más estrecha, lo suficientemente profunda (o al menos eso creía) para contrarrestar la carga de los elefantes cartagineses, situados por Jantipo en la vanguardia de su ejército, pero la caballería romana ubicada en los flancos se vio sobrepasada por los jinetes cartagineses en número de aproximadamente 8 a 1; mientras, los elefantes mantuvieron ocupados a los legionarios y abrieron grandes brechas en su formación.

De ese modo, el avance de la falange cartaginesa, apoyada en el ala derecha por las tropas mercenarias y con la caballería hostigando a las tropas romanas en todos los flancos, decidió la batalla. En su transcurso, el propio Régulo fue capturado, a la vez que Jantipo logró cortar las comunicaciones entre el resto del ejército de Régulo y su base, restableciendo la supremacía naval cartaginesa. Ante esta inesperada situación, el Senado romano decidió enviar a la zona una flota de 350 naves en auxilio de los supervivientes, la cual, consiguiendo burlar el bloqueo, los recogió con tan mala fortuna que, durante su regreso fue prácticamente destruida por una tormenta, pereciendo los restos del derrotado ejército (se dice que sobrevivieron solo 80 naves).

Sin embargo, la guerra continuaba a pesar de la victoria cartaginesa y de las pérdidas romanas. Tras la victoria, Jantipo tuvo que huir de Cartago ante la actitud de sus líderes, para los cuales era mejor deshacerse de él que pagarle por sus excelentes servicios, lo que se sumaba al rencor hacia el éxito de un extranjero de los generales cartagineses, que se

sintieron superados. Jantipo fue considerado el creador de la vieja formación cartaginesa en que la caballería se dividía en ambas alas, la infantería mercenaria se colocaba a la derecha, con una falange de civiles en el centro, tras una primera línea de elefantes de guerra.

Por su parte, los romanos aún controlaban la situación en Sicilia y sus victorias en el mar obligaron a Cartago a volver a solicitar la paz (esta vez esperaban que en términos más favorables), enviando para ello una embajada a Roma. Régulo los acompañaría. Se había comprometido a volver a Cartago para ser ejecutado si las negociaciones fracasaban, pero una vez ante el Senado romano abogó por continuar la guerra hasta la completa aniquilación de Cartago. Sorprendidos ante este acto de patriotismo, los senadores decidieron acceder, a pesar de lo cual Régulo cumplió la palabra dada y volvió a Cartago, donde fue ajusticiado.

Tras estos acontecimientos, Roma construyó una nueva flota en el año 249 a. C. que puso al mando de Publio Claudio Pulcro, el cual abandonó el asedio a Lilibeo para atacar por sorpresa a la flota cartaginesa que se encontraba situada 32 km. al norte, en Drepana. Allí, los cartagineses consiguieron una sonada victoria y volvieron a tomar el mando del Mediterráneo occidental, puesto que Roma era reticente a volver a financiar la construcción de una nueva y costosa flota, confiando la victoria final a sus ejércitos terrestres.

Por su parte, los cartagineses tampoco estaban dispuestos a entablar batalla en campo abierto ante la superioridad de las legiones romanas, cuya estrategia no era ni mucho menos errónea. Cediendo el mar a sus enemigos permitían que Cartago abasteciera a sus enclaves y ejércitos en la isla, pero el ejército romano era superior; en los asedios no tenían igual y ellos también podían abastecer con éxito a sus contingentes. Se habían reservado una flota de maniobra y transporte dedicada únicamente a mantener abiertas las comunicaciones con la península itálica para obtener recursos y tropas de refuerzo, además de contar con el abastecimiento pactado con los siracusanos.

Todo apuntaba a que la victoria romana no tardaría en llegar, pero estos no contaban con la llegada de un nuevo ejército cartaginés a la isla, en el 247 a. C., que estaría comandado por un hábil y brillante estratega. Este les pondría las cosas muy difíciles al combatir contra ellos durante tres años sin sufrir derrota alguna; se trataba de Amílcar Barca (padre del famoso Aníbal y sobre el cual antes de esta fecha poco se sabe excepto que pertenecía a una poderosa familia cartaginesa). Así pues, Amílcar recibió el mando de la flota y el ejército cartaginés, en un momento en que los púnicos solo disponían ya de dos bases fuertes en Lilibeo y Drepana (en la costa occidental), además de varias pequeñas posiciones costeras en esa misma zona, pues el resto de la isla ya estaba bajo control romano.

Al parecer, la estrategia que tenía pensada el comandante cartaginés pasaba por aprovechar su superioridad naval (ya que los enfrentamientos terrestres con los romanos habían resultado desastrosos en su mayoría), que le permitía dominar con comodidad las costas desde Sicilia a Campania. De ese modo, sería posible redoblar la presión costera sobre diversas posiciones en la península itálica, a fin de que los romanos, para prevenir males mayores, enviaran a la zona un contingente que le facultara a él actuar en Sicilia con mayores garantías al reducirse el número de efectivos romanos en la misma.

De modo que la flota cartaginesa de Amílcar sobrepasó la isla por el norte y, tras lanzar devastadores ataques contra los territorios de Locris y Rhegium, regresó por el

mismo camino para desembarcar cerca de Panormo, donde ocupó el monte Hercte. Una estupenda posición natural fácilmente defendible que se convertiría en su base de operaciones. No en vano, desde allí lanzaría continuos ataques a las posesiones romanas gracias al apoyo de la flota púnica, que siguió por su cuenta con las operaciones contra las costas italianas.

Consciente de que la victoria debería producirse finalmente en tierra, los cartagineses debilitaron su fuerza naval, ante la nula oposición romana, dispuestos a ceder el control marítimo a fin de desviar esos efectivos al ejército de tierra. Amílcar había realizado previamente una purga de los elementos más díscolos, ya que el uso de mercenarios hacía que estos no fueran siempre todo lo fieles y disciplinados como podría esperarse de soldados profesionales. La táctica del comandante cartaginés hizo que los romanos tuvieran tres objetivos a los que atacar: Drepana, Lilibeo y el monte Hercte, sin olvidarse de las incursiones de la flota enemiga en enclaves costeros a los cuales también debían prestar apoyo. Sin embargo, los romanos no cayeron en la trampa de Amílcar y enviaron a la isla los refuerzos necesarios, aparte de vigilar con más ahínco la costa sur de la península itálica.

Tras ello, los romanos lanzaron a su ejército contra el cartaginés, acampando cerca de sus posiciones con la intención de entablar batalla en campo abierto, donde contaban con superioridad humana y táctica. A pesar de lo cual, no estaban preparados para el tipo de lucha que Amílcar tenía pensado poner en práctica, una dura batalla de posiciones, apoyada por una estrategia de golpes y contragolpes para agotar a sus adversarios y exponerlos a un tipo de combate en el que sus mercenarios, sobre todo hispanos, celtas y africanos, estaban mucho mejor habituados y dispuestos.

Como era de prever, los romanos no dejaron de atacar las posiciones del Bárcida en Hercte, pero, pese a todos sus esfuerzos, la guerra se convirtió, como Amílcar esperaba, en una lucha de posiciones que detuvo en seco el entusiasmo romano tras innumerables combates menores. Estos se produjeron entre las líneas fortificadas de ambos contendientes casi a diario, elevando de ese modo también la moral de las tropas cartaginesas. Así las cosas, Amílcar extendió las posiciones cartaginesas por las montañas existentes entre Panormo y Drepana, mientras que los romanos, ante la imposibilidad de acabar con los púnicos, decidieron centrarse en asaltar Drepana. El asedio de Lilibeo sería aún más difícil, por lo que el cónsul Fabio Numerio dirigió las operaciones y Amílcar optó por desplazarse a la ciudad con unas pocas tropas para comandar su defensa.

Una noche, Numerio envió una fuerza de ataque al islote cercano de Pelíade y ocupó la posición tras exterminar a su guarnición, pero, enterado Amílcar, contraatacó esa misma mañana con toda su fuerza para recuperarlo. El cónsul, que deseaba mantener en sus manos el estratégico islote, decidió lanzar un ataque general contra las murallas de la propia Drepana y Amílcar se vio impelido a renunciar al ataque sobre Pelíade, enviando sus tropas rápidamente a las murallas de la ciudad sitiada. Una vez asegurado y fortificado el islote por parte de los romanos, Numerio comenzó a rellenar la franja de agua que le separaba del flanco marítimo de la ciudad, para llegar así por tierra hasta uno de los lados más expuestos de la urbe.

El tiempo corría en contra de Amílcar, que optó por jugarse el todo por el todo, regresando al monte Hercte para reunir un contingente con el que desembarcó cerca de la



Los dominios de Cartago en el 264 a. C.

ciudad, y lanzó un devastador ataque por sorpresa contra las posiciones romanas en la zona baja del Erix. Esta vez tuvo éxito y los cartagineses ocuparon la zona, tras lo cual se dispusieron a fortificarla cuanto antes sin intentar tomar la cumbre, que estaba bien protegida por una numerosa guarnición, ya que su intención era sitiar a sus integrantes cortando los accesos.

Amílcar se encontraba en una posición complicada, pues estaba entre los contingentes enemigos, pero también complicaba la posición romana, debido a que dividía en dos sus fuerzas y una parte de ellas se encontraba aislada. De ese modo, los romanos no podían continuar el asedio a la ciudad sin antes encargarse de la posición cartaginesa, y Numerio volcó sobre el Bárcida toda la fuerza de su ejército, sin éxito.

Las defensas cartaginesas aguantaron todas sus embestidas buscando resistir a cualquier precio, gracias a que Amílcar había conseguido asegurar su comunicación con la costa, alargando sus posiciones hasta un pequeño sector costero. Desde ese lugar obtuvo no solo suministros, sino también refuerzos; aunque no sin dificultad, pues la ruta terrestre protegida hasta el Erix era relativamente estrecha, y los romanos la presionaron con fuerza en sus intentos de cortar la línea de suministros, aunque sin éxito.

Todo ello propició que la guerra se paralizara, ya que las posiciones de ambos ejércitos no variaron. Fue entonces cuando la costumbre romana de nombrar nuevos cónsules anualmente para comandar sus ejércitos hizo que se sucedieran en el mando romano una serie de generales poco dotados, que favorecieron al comandante cartaginés. Poco a poco generó un halo de imbatibilidad ante sus enemigos, que veían cómo pasaban los años y no conseguían deshacerse de él.